

rrer por su cara. Entonces lanzó un grito agudo, como si la amenazara un peligro tremendo, y con ademanes descompuestos se daba en la mejilla para hacer caer el animalito. Servigny, riendo como un loco, lo pilló cerca de los cabellos y puso en el sitio donde lo cogiera un largo beso sin que Yvette apartara la frente.

Luego declaró levantándose:

—Me gusta más esto que una novela. Vamos ahora á la Grenouillère.

Llegaron á la parte de la isla que está plantada como un parque y sombreada por árboles inmensos. Aquí y allá se veían parejas que paseaban por la sombra, á lo largo del Sena, por el que circulaban yoles y canoas. Había mozos y mozas, obreras con sus amantes que iban en mangas de camisa, con la chaqueta ó la levita al brazo y la gorra ó el sombrero echado atrás, cansados y como medio ebrios, burgueses con sus familias; las mujeres endomingadas y los niños trotando como los polluelos en torno de la clueca.

Un rumor lejano y continuo de voces humanas, un clamor sordo y fuerte á un tiempo anunciaba la proximidad del establecimiento de los aficionados al sport náutico.

Lo vieron de pronto. Un buque enorme, atracado á la orilla, cubierto de un toldo, albergaba una muchedumbre de hombres y mujeres que comían sentados ó cantaban, reían, berreaban, bailaban, hacían cabriolas al ruido de un fermentido pianucho de manubrio que por su ruido parecía un caldero.

Mujerzuelas con el pelo teñido de rojo, paseaban por allí, provocando á los hombres con sus exageradas curvas, la mitad de ellas borrachas, con los labios pintados de rojo y llenos de blasfemias y palabras obscenas.

Otras bailaban desesperadamente junto á unos mocetones medio desnudos, con unos pantalones de dril y una camiseta de punto y con gorras de color como los jockeys.

Aquellas mujeres olían á polvos de arroz y á sudor, soltaban emanaciones de perfumería y de sobacos.

Los bebedores tragaban en torno de las mesas líquidos blancos, rojos, verdes, amarillos y gritaban y vociferaban sin motivo, cediendo á la necesidad de armar ruido, á una necesidad de brutos que quieren tener las orejas y el cerebro ensordecidos.

De cuando en cuando un nadador de pie en el toldo, se lanzaba al agua, lanzando salpicaduras á

diestro y siniestro sobre los consumidores que estaban más cerca y que lanzaban clamores salvajes.

Una flota de embarcaciones pasaba por el río. Los yoles largos y estrechos corrían al impulso de los remos que manejaban los hombres con los brazos desnudos, cuyos músculos se movían bajo la tostada piel. Las mujeres, con vestidos de franela blanca ó roja, con una sombrilla roja ó blanca también, abierta sobre su cabeza, deslumbradora bajo el sol ardiente, se echaban hacia atrás en sus asientos de popa, y parecían deslizarse por el agua inmóviles y como dormidas.

Barcas más pesadas, llenas de gente, avanzaban también. Un estudiante alocado, queriendo echárselas de gracioso, remaba de un modo desenfrenado, chocaba con todas las canoas, cuyos tripulantes le escandalizaban, y luego desaparecía después de haber hecho casi ahogar á dos nadadores, perseguido por las vociferaciones de la multitud amontonada en el gran café flotante.

Yvette, radiante, pasaba del brazo de Servigny entre aquella muchedumbre abigarrada, parecía gozar con los empujones un tanto sospechosos y miraba á las mujercuelas con calma y benevolencia.

—Mire usted ésta, Anguila. ¡Qué hermosos cabellos! Parece que se divierten mucho.

Y cuando el pianista, un marinero vestido de encarnado, con un sombrero que parecía un parasol, empezó un valz, Yvette cogió bruscamente á su compañero por la cintura y tomaron parte en el baile. Bailaron tanto y tan frenéticamente que todos les miraban. Los consumidores, de pie en las mesas, llevaban el compás con los pies; el pianista parecía haberse vuelto rabioso y tocaba sin medida, balanceando la cabeza cubierta de su inmenso sombrero.

De pronto se detuvo y se dejó caer al suelo, quedando tendido cuán largo era, sepultado bajo el sombrero, como muerto de cansancio. Estalló una inmensa carcajada en el café y todo el mundo aplaudió.

Cuatro amigos corrieron hacia él, como se hace cuando ocurre un accidente, recogieron á su camarada, y se lo llevaron, después de ponerle sobre el cuerpo su sombrero.

Un bromista les siguió cantando el *De profundis*, y se formó una procesión detrás del fingido muerto, que siguió por los senderos de la isla, arrastrando detrás de ella á los consumidores y paseantes y toda la gente que la veía.

Yvette la siguió también, riendo con toda su alma,

hablando con todos enloquecida por el movimiento y por el ruido. Los jóvenes la miraban con audacia, se estrechaban contra ella, muy encandilados, y parecían desnudarla con la mirada. Servigny empezó á temer que la aventura terminase mal.

La procesión continuaba, acelerando el paso, pues los que llevaban el difunto casi corrían, seguidos por la muchedumbre clamorosa. De pronto se acercaron á la orilla, se detuvieron en seco, balancearon un instante á su camarada y, soltándole los cuatro á un tiempo, le echaron al río.

Un inmenso grito de alegría resonó entre los espectadores, mientras el pianista aturdido chapuzaba, estornudaba, escupía, y lleno de barro, trataba de ganar la orilla.

Una barca recogió su sombrero que se llevaba el agua.

Yvette saltaba de contento, batía palmas y repetía:

—¡Ah, Anguila! ¡Cómo me divierto, cómo me divierto!

Servigny la observaba, serio de nuevo, algo cohibido y malhumorado de verla tan satisfecha y á sus anchas en aquel ambiente canallesco. Una especie de instinto se revelaba en él, ese instinto del

hombre bien educado que se conserva siempre aun cuando no se quiera, ese instinto que hace evitar las familiaridades demasiado viles y los contactos que manchan.

Y pensaba admirado:

—¡Hombre, no te creía tan fino!

Y le daban ganas de tutearla, como la tuteaba en su pensamiento, como se tutean la primera vez que se las ve, las mujeres públicas. Ya le parecía algo así como las mujerzuelas que por allí pululaban, canallescas y soltando obscenidades. Las palabrotas soeces se oían allí, cortas y sonoras, yendo de uno á otro, como si en aquel lugar hubiesen nacido, lo mismo que las moscas en el estercolero. Y no parecían chocar ni molestar á nadie. Yvette diríase que no las oía.

—Anguila, quiero bañarme—dijo;—vamos á nadar.

El contestó:

—A su disposición, señorita.

Y fueron á los baños para obtener trajes. Ella estuvo más pronto lista y le esperó en pie, junto á la orilla, sonriente, bajo las miradas que la devoraban. Luego se echaron ambos al agua.

Yvette nadaba con placer con embriaguez, acari-

ciada por el agua, estremeciéndose de placer sensual, levantándose á cada brazada, como si fuese á salir del río. El la seguía con dificultad, resollando, aburrido de su poca resistencia. Pero ella, volviéndose bruscamente, hizo la plancha, con los brazos cruzados y los ojos contemplando el firmamento azul. El miraba, tendido en la superficie del agua, la línea ondulante de un cuerpo, sus pechos firmes, pegados á la ligera tela, mostrando su forma redonda y sus pezones erguidos, su vientre suavemente levantado, las pantorrillas desnudas y los pies pequeñitos que emergían.

La veía por entero, como si se mostrara adrede, para ofrecerse ó para burlarse de él. Y la deseó con ardor apasionado, con todas las fuerzas de su alma. De pronto ella se volvió, le miró y se echó á reír.

—¡Vaya una facha que hace usted!— exclamó.

Servigny se indignó de aquella burla, sintiendo la cólera de un enamorado á quien se pone en ridículo, y cediendo á una brusca necesidad de molestarla, á un deseo de venganza y de herirla, preguntó:

—¿Le gustaría esa vida?

Yvette replicó con su aire cándido:

—¿Qué vida?

—Ea, no se burle usted. Bien sabe lo que quiero decir.

—No, palabra de honor.

—Ea, acabemos esta comedia. ¿Quiere usted ó no quiere?

—No le entiendo.

—No es usted tonta hasta ese punto. Y, además, ya se lo dije anoche.

—¿Qué?

—Que la amo.

—¿Usted?

—Yo.

—¡Qué bromal!

—Se lo juro.

—Pruébelo usted.

—¡Si sólo pido eso!

—¿Qué?

—Probarlo.

—Pues, andando.

—No decía usted eso anoche.

—No me propuso usted nada.

—¡Vaya!

—Además, no es á mí á quien debe usted dirigirse.

—¡Buena es esa! Pues ¿á quién?

—A mamá.

Servigny se echó á reir.

Yvette se había puesto muy seria y mirándole fijamente:

—Oiga, Anguila, si me ama usted lo necesario para casarse conmigo, hable primero á mi madre; yo le contestaré luego.

El creyó que todo aquello era una mofa y contestó cada vez más furioso:

—Señorita, me toma usted por otro.

Yvette continuaba mirándole con sus ojos claros y cariñosos.

Vaciló y luego dijo:

—No le entiendo.

Entonces Servigny dijo vivamente con algo brusco y malvado en la voz:

—Ea, Yvette acabemos esta comedia ridícula que dura demasiado ya. Finge usted ser una muchacha cándida y tal papel no se ha hecho para usted, créame. Sabe usted que no puede tratarse de matrimonio entre nosotros, sino de amor. He dicho que la amaba y he dicho la verdad... lo repito, la amo. Pero no finja no comprenderme y no me trate como á un tonto.

Estaban en pie en el agua, mirándose cara á cara

sosteniéndose por los movimientos de las manos. Yvette permaneció todavía algunos segundos inmóvil, como si no pudiese decidirse á penetrar el sentido de aquellas palabras; después se ruborizó de pronto, hasta la raíz de los cabellos. Toda su cara se puso del color de la púrpura, desde el cuello hasta las orejas que casi se tornaron cárdenas y, sin contestar ni una palabra, se dirigió á la orilla nadando con todas sus fuerzas. Servigny no podía seguirla y resollaba al esforzarse.

La vió salir del agua, recoger su peinador y meterse en la barraca sin haber vuelto la cara.

Tardó mucho rato en vestirse y en su perplejidad no sabía qué hacer, si pedir perdón ó perseverar en su conducta.

Cuando estuvo listo, Yvette había ya marchado sola. Volvió Servigny á la quinta ansioso y turbado.

La marquesa se paseaba, dando el brazo á Serval, por una avenida del jardín.

Viendo á Servigny, dijo con aquel aire de fatiga que tenía desde la víspera:

—Ya les decía yo que no era conveniente pasear con este calor. Yvette está como atontada. Ha ido á acostarse. Estaba roja como una amapola, y tiene

una jaqueca atroz, pobrecilla. Se habrán paseado ustedes por el sol y hecho mil locuras. Es usted tan alocado como ella.

La joven no bajó á la hora de la comida. Como querían entrarle algo de comida, contestó á través de la puerta que no tenía apetito, que la dejaran en paz. Los dos jóvenes marcharon en el tren de las diez, prometiendo volver el jueves siguiente, y la marquesa se sentó junto á la ventana para entregarse á sus ensueños, escuchando á lo lejos la orquesta del baile de la Grenouillère, que lanzaba su música en el alto silencio de la noche.

Acostumbrada al amor, sentía súbitas ternuras que se apoderaban de ella como una enfermedad. Aquellas pasiones la penetraban bruscamente, por entero, la enloquecían, la enervaban, la aplastaban según tuviese un carácter exaltado, violento, dramático ó sentimental.

Era una de esas mujeres creadas para amar y ser amadas. De cuna muy humilde, había llegado á la aristocracia de las cortesanas, obrando por instinto, por habilidad innata; y aceptaba el dinero como los besos, sin distinguir, empleando astucia notable, sin razonar, de un modo sencillo y natural, como los animales que son listos á fuerza de nece-

sidades. Muchos hombres habían pasado por sus brazos sin despertar ninguna ternura; pero también sin que sintiera ningún asco por sus caricias.

Soportaba todos los abrazos con indiferencia tranquila, como en viaje se comen todos los guisos porque es preciso vivir. Pero de cuando en cuando su corazón ó su carne se abrasaban y sentía entonces una gran pasión, que duraba semanas ó meses, según las cualidades físicas y morales de su amante.

Eran los momentos deliciosos de su vida. Amaba con toda su alma, con todo su cuerpo, con furia, con éxtasis. Se echaba en el amor como se echa al río para ahogarse, y se dejaba arrastrar, dispuesta á morir si era preciso, febricitante, alocada, del todo dichosa. Cada vez imaginaba no haber sentido jamás cosa igual y se hubiese extrañado si le recordaran que otros hombres, muchos, la habían hecho caer en tales deliquios, y que había pasado noches enteras pensando en ellos, sin dormir, contemplando las estrellas.

Saval la había cautivado en cuerpo y alma y pensaba en él, viendo su imagen, teniendo presente su recuerdo, satisfecha del presente, que le otorgaba una dicha cierta y completa.

Un ruido que oyó detrás de ella hizo que se vol-

viera. Yvette acababa de entrar, vestida aún como durante el día, pero pálida y con esos ojos de fiebre que producen las grandes fatigas.

Se apoyó en el alfeizar de la ventana, frente á su madre.

—Te he de hablar—dijo.

La marquesa la miraba con asombro. La amaba como madre egoísta, orgullosa de su belleza, como se está orgulloso de una fortuna, demasiado bella todavía para tener celos, demasiado indiferente para forjar los proyectos que se le achacaban, demasiado lista, sin embargo, para no advertir el valor de aquella hermosura.

Contestó:

—Habla y hija mía, ¿qué pasa?

Yvette la sondeaba con la mirada para leer en el fondo de su alma, como para advertir todas las sensaciones que iban á despertar sus palabras.

—Hace poco me ha ocurrido una cosa extraordinaria.

—¿Qué?

—Que el señor de Servigny me ha dicho que me amaba.

La marquesa, inquieta, esperaba. Pero como Yvette callaba, preguntó:

—¿Cómo te lo ha dicho? ¡Cuéntame!

Entonces la joven, adoptando una actitud cariñosa que le era familiar, se sentó á los pies de su madre y le cogió ambas manos.

—Me ha pedido en matrimonio.

La señora Obardi hizo un brusco ademán de estupefacción y exclamó:

—¿Servigny? ¡Estás loca!

Yvette no había apartado la vista del rostro de su madre, espiando su pensamiento y su sorpresa. Le preguntó con grave acento:

—¿Por qué estoy loca? ¿Por qué no puede casarse conmigo el señor de Servigny?

La señora marquesa, embarazada, balbuceó:

—Te engañas, no es posible. Has entendido mal ó has oído mal. El señor de Servigny es demasiado rico para ti y demasiado... demasiado... parisién para casarse.

Yvette se había levantado con lentitud. Y añadió:

—Pero si me ama como dice, ¿por qué no, mamá?

Esta replicó con un poquillo de impaciencia:

—Te creía bastante crecida é instruída en las cosas de la vida para que no abrigases ideas semejantes. Servigny es un vividor y un egoísta. Sólo se

casará con una mujer de su clase y de su fortuna. Si te ha pedido en matrimonio, es que quiere... es que quiere...

La marquesa no sabía cómo salirse del atolladero y dijo:

—Mira, déjame en paz y ve á acostarte.

La joven, como si ya supiese entonces lo que quería saber, respondió con docilidad:

—Sí, mamá.

Besó á su madre en la frente y se alejó con paso mesurado.

Cuando iba á pasar el umbral de la puerta, la marquesa la llamó:

—¿Y tu insolación?

—No tenía nada; fué lo que te he dicho lo que me trastornó.

La marquesa añadió:

—Habla de eso. Pero procura en lo sucesivo no estar á solas con él y ten la seguridad de que no se casará contigo ¿oyes? y de que sólo quiere... comprometerte.

No dió con palabra mejor para expresar su pensamiento. Yvette volvió á su cuarto.

La señora Obardi quedó pensativa.

Viviendo desde años antes en una calma amoro-

sa y opulenta, había apartado con toda intención de su mente cuanto pudiera inquietarla ó preocuparla. Nunca había querido preguntarse lo que le ocurriría á su hija; ya había tiempo de pensar en ello cuando empezaran las dificultades. Comprendía perfectamente que, á menos de un azar providencial, su hija no podría casarse con un hombre rico de buena familia; para esto se necesitaba una de esas sorpresas del amor que colocan á las aventureras en un trono. No contaba con ello y pensaba demasiado en sí misma para cuidar de proyectos que no la concernían directamente.

Yvette haría como su madre, sin duda. Sería una mujer destinada al amor. ¿Por qué no? Pero la marquesa no se había atrevido jamás á preguntar cómo y cuándo ocurriría la caída.

Y he ahí que su hija, de pronto, le hacía una de esas preguntas á las que no es fácil contestar, y la obligaba á pensar en un asunto tan espinoso, tan delicado, tan difícil, y tan propio para turbar la conciencia, esa conciencia que es necesario sacar á relucir cuando se trata de una hija y de tales cosas.

Tenía demasiada astucia para equivocarse ni un momento acerca de las intenciones de Servigny,



pues conocía por experiencia á los hombres y mucho más á los de la índole de Servigny. Así es que á las primeras palabras de Yvette no pudo por menos de exclamar:

—¿Servigny? ¡Estás local!

¿Por qué habría empleado tal medio aquel mozo inteligente y cazurro, acostumbrado á tratar á las mujeres de todas clases? ¿Qué haría luego? ¿Y cómo prevenir á la muchacha, cómo defenderla? Pues le parecía que era capaz de cualquier enormidad.

¿Quién había de imaginar que una chica tan desarrollada era tan cándida?

Y la marquesa, perpleja y ya cansada de reflexionar, pensaba lo que era necesario hacer y no se decidía, pues la situación era penosa.

Cansada de pensar, murmuró:

—¡Bah! Les vigilaré y obraré según las circunstancias. Si es preciso hablaré al mismo Servigny. Es listo y me comprenderá.

No pensó en lo que le diría ni en lo que le contestaría, ni qué pacto podrían acordar, pero contenta de haberse sacudido aquel quebradero de cabeza sin haberse visto obligada á tomar una resolución, volvió á pensar en Saval y con la mirada perdida

en las tinieblas, hacia un resplandor que se cierne todas las noches sobre París, envió con ambas manos besos hacia la gran ciudad, besos rápidos que lanzaba á la obscuridad, uno tras otro, sin contar, y en voz baja, como si aun le hablara, decía:

—Te amo, te amo.